

## CICLISMO

**José M<sup>a</sup> Rodríguez Matarredona**

Hola. Me llamo Francisco Montero y tengo 15 años. Me gusta mucho montar en bicicleta y mi padre, Diego Pablo Montero, me ha comprado hace poco una bicicleta de montaña con amortiguación trasera y delantera que le ha costado 580 euros. Estoy muy contento. Mi padre también está muy contento. Dice que al principio hacíamos etapas cortas para que no me cansara, pero que ya soy mayor y con la bici nueva podemos hacer etapas más largas, que ya no soy un niño. Esto me pone aún más contento.

Me encanta ir en bicicleta con mi padre porque me explica cosas del camino y porque si pincho o se me estropea la bici él me la arregla mientras yo me siento en el suelo. Lleva en una bolsita debajo de su sillín todo el material necesario para estas reparaciones. Normalmente la arregla rápido, pero a veces tarda más y se pone a sudar y se enfada. Una vez le escuché decir ¡puta bici! y le dio una patada muy fuerte. Yo miré para otro lado para disimular porque sé que luego se arrepiente y a los pocos minutos me dice:

-¡Qué bien vamos en la bici, eh!

Siempre he disfrutado mucho de estos paseos en bici, que ya eran según mi padre auténticas etapas ciclistas. Nunca noté nada raro. Además, mi madre también parecía disfrutar y nos despedía muy contenta los domingos por la mañana. Pensándolo ahora a toro pasado, o a posteriori, no sé cómo no me pude dar cuenta antes. Porque además yo soy alguien que se fija mucho en esas cosas.

En estas rutas ciclistas a veces en una parada mi padre sacaba unas peras y nos las comíamos. En principio podría parecer que no pega mucho comer peras a mitad de una etapa ciclista, pero sientan muy bien y eso que a mí las peras no me gustan mucho fuera del ámbito ciclistico. Cuando la etapa está siendo especialmente bonita y hace un día bueno (ni mucho frío ni mucho calor) para pedalear, a mi padre se le escapa un grito de emoción (Uoohhhh!) cuando baja alguna pequeña pendiente y yo procuro solidarizarme y también grito. La verdad es que lo pasamos muy bien.

Tan bien lo pasamos que siempre se lo ando comentando a mis compañeros de clase Moisés Carvajal y Diego Navas, que son mis mejores amigos. Yo creo que a ellos les da envidia porque sus padres están gordos y aunque llevan chándal habitualmente no tienen aspecto de montar en bicicleta y mucho menos de acometer las cuestas hacia abajo con joviales gritos de ánimo. Entonces, mis mejores amigos Moisés Carvajal y Diego Navas me preguntaron un día si podía venirse con mi padre y conmigo de ciclismo y yo les dije que no sabía, que se lo preguntaría a mi padre. Cuando se lo pregunté a mi padre, Diego Pablo Montero, primero puso una cara rara pero después le pareció bien. Eso sí, me advirtió que les dijera que sus bicis debían ser de las buenas, porque los caminos por los que vamos son muy complicados. Mis amigos me comentaron que sus bicis son buenas, que las compraron en Carrefour. Yo desconfié en silencio porque había escuchado a mi padre alguna vez que las bicicletas de los centros comerciales de poco más de cien euros no valen para nada, pero no dije nada, porque tenía buena voluntad y porque a los amigos hay que perdonarles las pequeñas imperfecciones.

El primer domingo que salimos juntos hicimos una etapa bonita pero poco exigente desde el punto de vista físico, porque mi padre no quería machacarlos con una de nuestras etapas más duras. Ese primer día no hubo ningún problema y todo fue muy bien. Mi padre tiene un móvil muy bueno que lleva GPS y vamos registrando

las etapas que hacemos. El registro del GPS luego lo exportamos a Google Earth, que te saca el recorrido y el perfil de la etapa, como en la prensa deportiva con las etapas del Tour. Cuando les mandé por correo electrónico el archivo de la etapa que hicimos, Moisés Carvajal y Diego Navas fliparon.

EDUCACION FISICA

FOMENTO A LA LECTURA

JORGE POZO

No fue hasta el segundo domingo que me di cuenta de que algo raro pasaba. Moisés y Diego son muy buenos amigos pero a veces se ponen un poco tontos. A mí a veces también me entra el pavo con ellos, sobre todo cuando estamos en clase. En clase nos entra la risa floja con cualquier tontería. No sé qué tiene estar en clase que te da por reírte de cosas que luego fuera de clase no te parecen tan graciosas. Cuando no sé de qué se ríen Moisés y Diego me da rabia porque me creo que se ríen de mí, concretamente de una verruguilla que tengo en la nariz. El dermatólogo me ha dicho que aún no me la puede quitar, que hay que esperar a que crezca y entonces la elimina aplicando nitrógeno líquido con una especie de sifón tela de chulo que vi en su consulta.

Ocurrió en una cuesta arriba que estábamos subiendo. Mi padre iba el primero poniendo su cara de no hacer esfuerzo, yo iba detrás de él y Moisés y Diego se habían quedado rezagados. Yo miré para atrás y vi cómo Moisés y Diego se partían de la risa. Uno no puede reírse y hacer ejercicio físico a la vez. Comprobadlo. El esfuerzo provoca todavía más risa, casi como si uno estuviera en clase. Recuerdo que a Diego se le saltaban las lágrimas. Se hacían unos gestos con las manos que yo no entendía.

Finalmente supe de qué se reían. Lo descubrí de repente. Insisto en que pensándolo ahora no sé cómo no caí antes. Se reían del look de mi padre, de su equipamiento deportivo. Y la verdad, no les faltaban motivos. Deberían haber mostrado más respeto hacia mi padre y hacia mí, pero viéndolo ya en frío casi comprendo que se rieran.

No todo el mundo sabe que los culotes que llevan los ciclistas profesionales no son tipo calzonas sino que llevan unos tirantes que se colocan sobre los hombros. Naturalmente los ciclistas se tapan estos tirantes poniéndose el maillot por encima. Mi padre no hacía esto, sino que se ponía primero la camiseta y después los tirantes del culote por encima, con la camiseta bien remetida por dentro de los culotes. A todo esto añadía una riñonera de Pepsi-Cola atada a la cintura. Ahora sonrío cuando recuerdo las lágrimas como garbanzos que le salían por la risa a mi amigo Diego, pero en su momento no me hizo ninguna gracia.

Es mucho menos importante, pero hay que añadir que mi padre nunca usaba calcetines de deporte, sino azules o negros de vestir normales.

A mí el asunto me superaba un poco y no sabía cómo solucionarlo. Como siempre que ando preocupado con algo fui a comentárselo a mi madre, Antonia Martagón. En aquella época no había para mí droga más dulce para calmar el dolor que un *no te preocupes* pronunciado por mi madre. Creo que en la cara de mi madre, 204 Antonia Martagón, comenzó a dibujarse una sonrisa mientras yo le contaba el problema, pero enseguida se percató de la gravedad del asunto.

No sé qué hizo mi madre para solucionarlo, pero al siguiente domingo, mi padre lucía un nuevo equipamiento perfectamente digno y adecuado, sin excesos. El exceso de equipamiento suele ser un error muy común entre los padres.

Mis amigos no volvieron a reírse y lo pasamos muy bien; yo notaba cómo escuchaban con admiración las explicaciones de mi padre y me ponía muy orgulloso. Cuando cuento esta historia a la gente suelen alabarme el tacto y la capacidad mediadora de mi madre para resolver un asunto tan complicado, y es verdad, pero a mí me gusta también destacar la buena condición de mi padre, que se repuso con dignidad y nunca dejó de tratar bien a mis amigos. Adiós.

Ocaña, enero 2011